

ct

Lo que dura un bolero

de
Antonio Cremades

(fragmento)

Para Margarita Sánchez.

DRAMATIS PERSONAE

(Por orden de intervención)

ERNESTO, Treinta y seis años.

ADOLFO, cuarenta y cinco años.

ALICIA, cuarenta años, mujer de Adolfo.

EDUARDO, cuarenta y tres años.

TERESA, treinta y cuatro años.

MUJER, cuarenta y un años.

RAÚL, cincuenta años.

Suave que me estás matando,
Que estás acabando con mi juventud
Yo quisiera haberte sido infiel,
Y pagarte con una traición.

Eres como una espinita
Que se me ha clavado en el corazón.
Suave que me estás sangrando,
Que me estás matando de pasión.

Espinita
Nico Jiménez.

ESCENA 1

DORMITORIO.

EN LA CAMA DE MATRIMONIO DESCUBRIMOS A ERNESTO, SENTADO, BRAZOS CRUZADOS, EL TORSO DESNUDO Y RECOSTADO SOBRE EL CABEZAL METÁLICO.

UNA LUZ CENTRAL LO RECORTA, AISLÁNDOLO E IMPIDIÉNDONOS VER QUIÉN LE ACOMPAÑA.

ERNESTO

No sé por qué pero me da la impresión que no vas a entenderlo. Por más que me esfuerce en explicártelo. *(Dirigiendo una vaga mirada a su acompañante.)* Y no te lo reprocho. En absoluto. *(Pausa breve.)* Es más, lo comprendo, lo comprendo perfectamente. Sí. Créeme. Me pongo en tu lugar, y cualquier argumento que se pudiera esgrimir en defensa de algo tan, tan, tan... no encuentro el adjetivo... ¿contraproducente?, no paliaría en ninguna medida el malhumor, la decepción, la mala leche en suma, que ahora, probablemente, debes sentir. Sólo yo soy el único responsable. *(Abriendo los brazos.)* Y por eso te pido perdón, te pido perdón aunque también soy consciente de que no hay excusa para algo así. Pero lo que no quisiera por nada del mundo es que pensases, ni por un momento si quiera, que lo hago por despecho hacia ti, porque te equivocarías. La cosa no tiene nada que ver contigo: no creo que a estas alturas necesites que nadie te recuerde que eres una mujer atractiva, de todo punto deseable... No es ahí donde radica el problema, no... Ni con el resto de las mujeres... tampoco... Sólo con una de ellas. *(Pausa breve.)* Quiero decir, que tú no eres culpable de que yo esté ahora aquí, desnudo en esta cama, intentando encontrar razones persuasivas que aclaren mi actitud en lugar de perderme entre esos esbeltos, redondeados y lascivos muslos como haría, sin lugar a dudas, cualquier otro hombre, que no es otra cosa lo que deseas y por lo que se supone estamos los dos aquí. *(Mira hacia donde se halla la mujer.)* Y mucho menos que lo intérpretes como una reivindicación de la superioridad de mi yo intelectual sobre el yo físico y primario. Por favor, no me creas tan retorcido. No estoy aquí para superar ninguna prueba de castidad, ni nada que se le parezca. *(Negando con un movimiento firme de cabeza.)* Mi determinación, mi firme convicción en la abstinencia carnal, el hecho de que esté haciéndote pasar este mal trago, ni siquiera espero que me perdones, tan sólo me conformaría con que no acabes odiándome por ello, se debe a un simple acto de amor. *(Pausa breve. Extrañado por la reacción de su acompañante.)* ¿Te ríes? No, no te estoy tomando el pelo. Jamás osaría bromear con algo tan serio. Repito. Ha sido por amor y sólo por amor por lo que he venido hasta aquí. Y ese mismo amor es precisamente el que ahora me impide mantener cualquier tipo de relación contigo. *(Pausa breve.)* Y no tiene nada que ver con la fidelidad, no. Tiene que ver con los sentimientos, con la voluntad personal, con la constatación de un hecho. Y ese hecho es que ella lo llena todo, ¿comprendes ahora?, no deja ningún espacio, ni el más mínimo resquicio a las otras. *(Pausa breve.)* Os anula. Os excluye. *(Negando con la cabeza.)* No es una obligación, sino más bien al contrario: una devoción. *(Pausa breve. En un tono reflexivo.)* Muchas veces me he preguntado si la pasión que siento no la habrá idealizado. Si realmente existe algún parecido, por pequeño que éste sea, entre la Teresa de fuera, la real, con la Teresa que se alojó desde el primer día y sin pedir permiso en mi cabeza. *(Lanzando la pregunta al aire.)* ¿No es lo que suele suceder la mayoría de los casos? *(Con una firme convicción.)* Pero ni tan siquiera eso cambiaría un ápice mi adoración por ella. Es... *(Hurgando en su vocabulario y echando*

mano del primer tópico.)... como un virus mortal que me ha infectado hasta la médula. Todo lo que hago: comer, dormir, trabajar, pasear, tomar un taxi, leer un libro, tiene, de un modo u otro, algo que ver con ella. A veces me da la impresión de que tan sólo soy su prolongación, un mero apéndice suyo. *(Pausa breve.)* ¿Cómo dices? Sí, sí... es ella... Se lo cortó y tiñó la semana pasada. Eso y las ojeras que le han salido últimamente, apenas duerme un par de horas diarias, la han desmejorado mucho. Si la hubieras conocido en otra época, cinco o diez años atrás... cuando... *(Como cayendo en la cuenta.)* Por cierto, en la cartera tengo unas fotos tuyas. Si te apetece... puedo enseñártelas. *(Se inclina y busca algo en el suelo, junto a la cama. Son sus pantalones. Saca una cartera, y de ella unas fotos que muestra a la sombra que le acompaña.)* Ésta tiene por lo menos catorce años, aquí estaba un poco rellenita, acababa de tener a Lidia, nuestra primera hija, y todavía no se había repuesto del parto. Se la hice en Sevilla, ¿ves el puente que hay al fondo? Es el de Triana. La Torre del Oro no se ve muy bien porque la tapa ella, es la que sobresale de su hombro, ese piquito de ahí. *(Sin poder reprimir un suspiro de desencanto.)* Eran otros tiempos. *(Cambia de fotografía.)* Esta otra es más reciente, de hace tres o cuatro años, como podrás comprobar apenas guardan parecido, cualquiera pensaría que se trata de dos mujeres distintas. *(Pausa breve.)* Aquí ya se había operado la nariz y los pechos, y aunque no se aprecie en la fotografía, también le dio por ponerse lentillas de colores, aunque no las necesita, las llevaba por estética, cada día unas distintas, a juego con el vestuario. Y no es que sus ojos sean corrientes, los naturales, me refiero, al contrario, son de un verde luminoso, pero se había cansado de ellos... *(Con un gesto de tristeza y resignación)* como se cansa de todo. *(Pausa. Ahora confidencial.)* Ahí radica su verdadero y mayor problema. *(Pausa breve.)* Que no se acepta. Que más que a mí a quien se odia es a ella misma, ¿sabes?... Y eso la hace terriblemente desgraciada. La sume en largas y profundas depresiones. *(Pausa.)* Y lo que yo le digo, hay muy poca gente que se guste tal y como es. La mayoría nos cambiaríamos por otro, así de bote pronto se me ocurren tres o cuatro candidatos, si nos dieran la oportunidad de elegir. Son tantos los defectos que corregiríamos si supiéramos cómo. Además, sale uno tan desfavorecido en las comparaciones. ¡Ah! Pero con esto tampoco estoy diciendo que haya que resignarse y tirar la toalla, ¿eh? No nos confundamos. Lo importante es encontrar un equilibrio. El término medio. Siempre hay soluciones para todo. Es cuestión de buscar la que mejor nos acomode, que ya bastantes problemas trae la vida como para echarle una mano. ¿Tú qué opinas? ¿Estás de acuerdo conmigo? *(Pausa breve.)* ¿Qué hora es? *(Consulta su reloj. Con gesto contrariado.)* Demasiado pronto todavía para levantar el vuelo, ¿verdad? Si saliéramos ahora llamaríamos la atención, sospecharían. Y eso... no sería bueno para ninguno de los dos. No quiero crearte más problemas de los necesarios. *(Abre los brazos en claro gesto de resignación.)* Lo siento pero... habrá que seguir esperando. *(Tendiéndole las fotografías. Ante su impasibilidad.)* ¿En serio no quieres verlas?

(El corazón del oscuro es atravesado por la “espinita” del bolero.)

Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones,
Contigo aprendí a conocer un mundo nuevo de ilusiones,
Aprendí, que la semana tiene más de siete días,
A hacer mayores mi contadas alegrías,
Y a ser dichoso yo contigo aprendí.

Contigo aprendí.
Armando Manzanero.

ESCENA 2

*DORMITORIO.
SOBRE LA CAMA Y OCULTOS POR LAS SÁBANAS SE AGITAN DOS CUERPOS
COMO UNA MASA INFORME.
RITMICO CRUJIR DE MUELLES.
JADEOS QUE SON GRITOS.
DE REPENTE CESA TODA ACTIVIDAD.*

(Bajo las sábanas. Aún se escuchan las estrofas del bolero.)

EDUARDO
Nada.

TERESA
¿Qué haces?

EDUARDO
Imposible.

TERESA
Pero...

EDUARDO
No hay manera.

TERESA
¿Por qué te paras?

EDUARDO
¿Que por qué me paro?

TERESA
¡Sí!

EDUARDO
Porque, porque, porque... no puedo seguir.

TERESA
¿No puedes seguir?

EDUARDO
Así, no.

TERESA
¿Así, cómo?

EDUARDO
Me rindo.

(Pausa breve. Los dos asoman sus cabezas de entre las sábanas. Cesa, de momento, la música.)

TERESA
¿Me quieres decir de una vez qué te ocurre?

EDUARDO
¿A mí?

TERESA
Supongo que habrá un motivo.

EDUARDO
¿Un motivo?

TERESA
Eso he dicho.

(Pausa Breve.)

EDUARDO
Sí.

TERESA
Muy bien.

EDUARDO
Siempre lo hay.

TERESA
Por ahí se empieza.

EDUARDO
¿Por dónde?

TERESA
Reconociéndolo.

EDUARDO
¡Ah! *(Después de una breve pausa. Como si cayera en la cuenta de algo.)* ¿El qué?

TERESA

Conmigo no tienes porqué preocuparte.

EDUARDO

Pues me preocupo.

TERESA

Y si no es mucho pedir me gustaría conocer la causa.

EDUARDO

Yo...

(Pausa breve. No sabe cómo empezar.)

TERESA

Tranquilo.

EDUARDO

Bueno...

TERESA

Tu secreto está a salvo. Soy una tumba.

EDUARDO

Nunca antes...

TERESA

¿En serio?

EDUARDO

¿Acaso lo dudas?

TERESA

Si tú lo dices.

EDUARDO

(Asiente con un movimiento enérgico de cabeza. Fingiéndose ofendido.) ¡Pues claro que lo digo!
¡Qué te habías creído!

TERESA

Nada. Aunque te advierto que es algo mucho más habitual de lo que te puedas pensar.

EDUARDO

¿Contigo?

(Pausa breve.)

TERESA

Tal vez sea fruto de los nervios.

EDUARDO

(Poco convencido.) Tal vez.

TERESA

Seguro.

EDUARDO

Gracias.

TERESA

Reconoce que estás un poco tenso.

EDUARDO

Tú me pones tenso.

TERESA

Como si te jugaras algo.

EDUARDO

¿Acaso no me lo juego?

TERESA

Relájate. No te fijas metas. No tienes nada que demostrarme.

EDUARDO

A ti no...

TERESA

Ni estás obligado a nada. Esto no es ninguna prueba.

EDUARDO

De fuego.

TERESA

Así no hay manera de que te concentres.

EDUARDO

Pero...

TERESA

Y no me extraña que te pase lo que te pasa.

EDUARDO

¡Cómo diablos quieres que me concentre con todos esos...!

TERESA

¿Qué?

EDUARDO

Gritos.

TERESA

¿Qué gritos?

EDUARDO

Los que estabas dando.

TERESA

¿Yo?

EDUARDO

Tú. Parecía como si te estuviera...

TERESA

¿Te molestan?

EDUARDO

¿Molestarme dices?

TERESA

No puedo evitarlo.

EDUARDO

Más que eso.

TERESA

Son espontáneos.

EDUARDO

Me hieren.

TERESA

Totalmente involuntarios, créeme.

EDUARDO

Me atraviesan.

TERESA

E irreprimibles.

EDUARDO

Me asustan. ¿Espontáneos?. Me desconcentran. ¿Involuntarios? Me paralizan. ¿Irreprimibles?

TERESA

Y para tu información no son gritos.

EDUARDO

¡Ah, no?

TERESA

No.

EDUARDO

Entonces... ¿qué son?

TERESA

Jadeos.

EDUARDO

¿Jadeos?

TERESA

Sí, jadeos.

EDUARDO

Vaya.

TERESA

¿Acaso intentas decirme que no sabes distinguir la diferencia que existe entre un grito y un jadeo?

EDUARDO

Mujer...

TERESA

El grito lo emite el estómago.

EDUARDO

... como...

TERESA

Es crispado y tenso porque nace de la rabia contenida o del dolor.

EDUARDO

... no voy a saber...

TERESA

En cambio el jadeo es...

EDUARDO

¿Qué?

TERESA

Una sinfonía corporal... (*Alegre por la metáfora que se le acaba de ocurrir. Embalada.*) El allegro vivace del placer. (*Lanzándole una mirada. Con ademán despectivo. Ofendida.*) ¡Gritar yo!

(Pausa breve.)

EDUARDO

¿Quieres que te diga lo que pienso?

TERESA

Adelante.

EDUARDO

No te ofendas.

TERESA

Lo intentaré.

EDUARDO

Finges.

TERESA

¿Quién, yo...?

EDUARDO

Sí, tú.

TERESA

(Armándose de paciencia.) ¿Para qué?

EDUARDO

Ahí es precisamente donde termina la simulación y comienza el terreno de la ofensa. No descansaré hasta averiguarlo.

(Pausa breve.)

TERESA

Te equivocas.

EDUARDO

No te esfuerces.

TERESA

En realidad...

EDUARDO

Preferiría que hubieras sido franca conmigo.

TERESA

Pero... si en ningún momento he dejado de serlo.

EDUARDO

Por muy embarazoso que ellos nos resultara a los dos.

TERESA

¿Cómo quieres que te lo diga?

EDUARDO

Lo hubiera preferido mil veces a esto.

TERESA

No sé a qué viene...

EDUARDO

Desde un principio.

TERESA

En serio...

EDUARDO

Me decepcionas.

TERESA

Mira...

EDUARDO

Eduardo.

TERESA

Eduardo.

EDUARDO

Has recurrido a lo más fácil.

TERESA

Supongo...

EDUARDO

Y ofensivo.

TERESA

...que te lo habrán dicho un montón de veces.

EDUARDO

¿Decirme, el qué?

TERESA

Que eres muy hábil.

EDUARDO

(Receloso.) ¿Esto qué es, un cambio de táctica para desorientarme?

TERESA

Sabes muy bien cómo hacer disfrutar a una mujer.

EDUARDO

Déjalo, quieres.

TERESA

Y te aseguro que contentarme a mí no es tarea fácil.

EDUARDO

¿No crees que todavía es demasiado pronto para los elogios?

TERESA

Por lo tanto comprenderás que me haya cogido por sorpresa tu insólita reacción...

EDUARDO

(Después de una breve pausa.) ¿En qué te basas para realizar tal afirmación?

TERESA

¿Que en qué me baso?

EDUARDO

Exacto.

TERESA

Si te contara.

EDUARDO

Cuéntame. Tenemos tiempo de sobra.

TERESA

Hay tanto chapuza por ahí suelto.

EDUARDO

(Alerta.) ¿Eh?

TERESA

Y ese es el problema.

EDUARDO

¿En la intuición...

TERESA

Que no estamos acostumbradas.

EDUARDO

...o en la experiencia?

TERESA

Y cuando encuentras a alguien...

EDUARDO

¿Como yo?

TERESA

De repente se produce el milagro.

EDUARDO

Júramelo.

TERESA

¿Jurar?

EDUARDO

Que no te estás burlando de mí.

TERESA

¿Burlarme de ti?

EDUARDO

¡Júralo!

TERESA

¡Qué cosas tienes!

EDUARDO

Júramelo.

TERESA

(Un tanto decepcionada.) Está bien: lo juro.

EDUARDO

No, así no. Por lo que más quieras. Júramelo por lo que más quieras.

TERESA

(Dubitativa.) Lo juro... por mis hijos.

EDUARDO

Pero si me dijiste que no los tenías.

TERESA
Y es cierto.

EDUARDO
Entonces...

TERESA
Aún soy joven. Me estaba refiriendo a los que tendré. Será lo que más quiera en el mundo. ¿No es eso lo que me pediste?

(Una breve pero intensa pausa.)

EDUARDO
¿Sabes en cuanto está la media nacional?

TERESA
¿Qué media?

EDUARDO
Quince centímetros.

TERESA
¡Ah, conque era eso!

EDUARDO
Tres centímetro.

TERESA
Bueno...

EDUARDO
Tres malditos e insignificantes centímetros de mierda me separan de ser un hombre normal.

TERESA
Verás...

EDUARDO
Y yo me pregunto.

TERESA
Si ese es el problema...

EDUARDO
¿Tan importante son tres centímetros más o tres centímetros menos?

TERESA
Es lo que intento decirte...

EDUARDO

Pues parece ser que sí.

TERESA

No te obsesiones.

EDUARDO

Tres centímetros.

TERESA

Si quieres que te diga la verdad...

EDUARDO

Un abismo insalvable.

TERESA

Ni siquiera me había dado cuenta.

EDUARDO

(Mirándola con un gesto de incredulidad. Decepcionado.) Ahora ya no me cabe la menor duda.

TERESA

(Sin demasiada convicción.) No importa el...

EDUARDO

(Sellando sus labios con la mano.) Por favor.

(Otra breve e intensa pausa.)

TERESA

Bueno.

EDUARDO

¿Qué?

TERESA

¿Seguimos?

EDUARDO

No sé.

(Pausa breve.)

TERESA

Entonces...

EDUARDO

¿A ti...?

TERESA

¿Lo dejamos así?

EDUARDO

¿Te apetece?

(Pausa breve.)

TERESA

¿Tú qué crees?

EDUARDO

¿Yo?

TERESA

Pues claro que me apetece, hombre.

(Pausa breve.)

EDUARDO

¿Ves?

TERESA

¿Qué?

EDUARDO

Sigues fingiendo.

(Oscuro. Armando Manzanero nos rescata de la gran diatriba, haciendo bueno aquel dicho que reza que no te acostarás nunca sin aprender algo nuevo.)